

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—  
La Fé poesía, por María Hurtado. Ejecucion de Ma-  
ria Estuardo, por X.—Correspondencia.

### EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

#### CARTAS Á JULIA.

(Continuacion.)

—La bolsa debe ser de una señora de Vegás, que vino ayer mañana á ver una heredad, que queria venderla, ó que ya la ha vendido el tio Anselmo.

No quise oir mas: cojí mi baston, y tras, tras, tras, he venido hasta aquí... ¿De qué color era la bolsa?

—De cuero verde, y en el centro habia una letra, respondió la abuela.

Yo no sé que son letras, pero sí tiene en

medio un garabato... Vaya, pues, tuya es; tómalala y con Dios!

—Quédese usted con ella, la dijo la abuela conmovida por aquel rasgo de cándida honradez: quédese usted con ella; haga usted lo que la aconsejaba el tio Perico.

La vieja, que ya habia echado á andar, se detuvo y fijó en nosotros sus ojos desmesuradamente abiertos.

—No, dijo despues de un instante de reflexion, no quiero. La bolsa es tuya, ¿por qué me has de dar nada por habértela traído? Yo he hecho lo que debia hacer y nada mas... Mira, si cualquier dia llegas á pasar por el Pico Verde, y quierés darme una limosna, me pondré muy contenta; pero hoy, no sé por qué, pero me parece que si aceptara algo no podria dormir esta noche tan ricamente como las otras noches.

Y cual si quisiera sustraerse á la tentacion, la buena mujer se alejó muy de prisa y casi pudiera decirse se abalanzó á la puerta, en cuanto se lo permitieron sus piernas temblorosas. Pero al llegar allí se detuvo, dudó,

volvió hacia nosotros, y poniéndose encendida como la grana, balbuceó con ademán confuso.

—En conciencia, hija. ¿Crees que son de mi cuenta los cuatro reales que he dado esta mañana al señor cura?... Le dí casi todos mis ochavitos, y me habia costado tanto tiempo el recogerlos!...

Estas palabras nos conmovieron viva mente.

—No! se apresuró á decir la abuela, poniendo en sus manos una peseta, eso es de cuenta del que ha perdido el bolsillo.

En aquel instante llegó Maria, jadeante y cubierta de sudor.

Hacia algunos momentos que habia desaparecido, y traia en las manos una cosa cubierta con hojas de parra.

Dirigióse tímidamente á la vieja, y con voz entre entusiasta y temblorosa:

—¡Madre! la dijo, porque María tenia la costumbre de llamar padres y madres á todos los ancianos, tú no quieres que abuelita te dé nada y haces bien, porque las buenas obras no se pagan. Pero mira, yo me pondria muy contenta si tomaras estas mantequillas que abuelita me ha regalado á mí, y si me dieras un beso como si fuera uno de tus hijitos!

Aquella noble accion fué tan imprevista, que todos nos echamos á llorar.

Tambien se llenaron de lágrimas los ojos de la vieja, que alzó las manos al cielo exclamando.

—Bendito Dios, Bendito Dios!

Luego, repuesta de su emocion, cogió á María entre sus brazos, y la dijo dándola un millon de besos:

—Toma, toma! Por mí, por mis hijos... ¿Quién es tu dichosa madre?

—Está en el cielo! respondió la niña.

—Pero tendrás muchas madres, porque eres muy buena, y sobre todo la Virgen Santísima que es madre de los huérfanitos.

—Sí, sí! dijo Maria, ayer no tenia mas madre que ella y abuelita, pero hoy tengo otra... mira que guapa es!..

Y la graciosa niña corrió á arrojarle entre mis brazos!

Yo no sé lo que sentí, querida Julia!... Ah! Dios me pagaba con usura en felicidad los pe-

queños sinsabores del dia anterior, y le bendije!

—Vamos, dijo la abuela dirigiéndose á la honrada mujer, ya que ha aceptado usted las mantequillas de manos de María, aceptará usted tambien un vasito de vino... ¿Cómo se llama usted?

—Paula.

—Pues bien, Paula, el domingo, no este, que es mañana, sino el otro, iremos á verla á usted.

La fisonomía de la vieja espresó tal asombro, que no pudimos ménos de sorreirnos.

—Cómo, dijo, vosotros!... Vosotros que teneis este caseron y mulas y criados, ir á verme á mí!... Pero yo no tengo casa!... Bah! repuso sonriendo con festivo tono. Os recibiré en el campo, que es la casa de Dios, en donde todos tienen cabida.

Susana trajo el vino.

—A vuestra salud, repuso, apurando el vaso de un solo trago.

Luego sacó una mantequilla; pero al irla á comer se detuvo.

—No, no, dijo, para Gloria y Manolo... para Gila y Estebanillo... qué contentos se pondrán!...

—Pero son para usted, exclamé yo vivamente.

—Para mí... para mis hijos... es igual... Y se fué alejando, apoyada en su baston.

—Qué tonta! dije, apuesto á que todos prueban las mantequillas menos ella.

María me miró con estrañeza.

—Pero no ves, me respondió, que el proporcionar algun bien á los demás, es proporcionárnoslo, y muy grande á nosotros mismos! Si yo ayer, cuando abuelita me dió las mantequillas, me las hubiese comido, hubiera sido el gusto de un minuto, y ya no me acordaria, mientras ahora estoy tan contenta... voy á estar tan contenta todo el dia!...

¿Qué te parece? una niña de siete años, dándome lecciones de moral... Qué vergüenza, Julia!

XV.

No estrañes que María sea algo filósofa, me dijo la abuela volviendo á su aposento, porque esa es su única instruccion. Aunque la has visto escribir y coser, no hace mas que palos y dobladillos; lo bastante para adquirir el hábito del trabajo y hacerla agradables los juegos de la infancia; pero nada para fatigar su imaginacion. Yo tengo mis ideas, rancias tal vez, pero que creo justas. A mi me parece que lo mas indispensable para ser feliz en el mundo, es tener un cuerpo robusto y un alma buena; así mi primera educacion se limita al cuerpo y al alma, dejando para cuando estos dos estén desarrollados el cuidado de ilustrar la inteligencia.

A cualquiera otra niña ya la hubieran abrumado el entendimiento con un farrago de conocimientos, que si hay talento se adquieren luego muy pronto, y si no lo hay, ¿á que tanta molestia? Cualquiera otra niña de su edad ya sabria leer, escribir, contar, algo de dibujo, algo de geografía, algo de historia, y sobre todo, tocar primorosamente el piano, y así como un campo anegado por un riego escesivo y prematuro, cuyos frutos se pudren y se malogran, su tierna imaginacion se hubiera anegado y estinguido en aquel piélago de nombres y de ideas, que la hubiera sido imposible clasificar y definir. El estudio que yo la enseño no es fatigoso ni difícil: hacerla observar constantemente de donde dimanen el bien y el mal, hacerla sacar consecuencias morales de cuantos objetos ve en torno suyo, de cuantas acciones se practican delante de ella, dándole una idea exacta de lo que es justo y equitativo, y demostrándola palpablemente la razon que hay, religiosa y social, para que rindamos un culto ferviente á la justicia y á la equidad; enseñarla con el ejemplo palpitante de la naturaleza á amar á Dios y al prójimo; en una palabra, educar su alma para el bien, por medio del ejercicio, que es el mago que produce los mas inconcebibles portentos, y alcanza á unir la tierra con el cielo.

El ejercicio es una gran cosa, hija mia.

Tú ves á una niña que pone sus deditos por primera vez en el piano, y ni tiene fuerza para hacer vibrar las cuerdas ni la agilidad para recorrer las teclas; pero deja que se pasen algunos dias, y verás con cuanta precision, con cuanta ligereza toca una sonata. Pues bien, lo mismo sucede ejercitando las cualidades del alma. Y así como una niña encerrada en un cuarto, no podria competir en la carrera con sus jóvenes amigas, así aquella, cuya sensibilidad no ha sido desenvuelta, por buenos que sean sus instintos, se mostrará siempre tibia é indiferente ante el cuadro de la desolacion ajena.

Pero mira que aberraciones! las madres que ven cuánto tiempo, cuántos esfuerzos, cuántos tormentos cuesta á sus hijas el adquirir la mas insignificante habilidad material, ni siquiera se les ocurre que deban conceder algunos instantes á la educacion del alma.

Se contentan con enseñarlas, de paso y como por incidencia, algunas máximas vulgares, y muchas veces erróneas, y creen que lo han hecho todo.

Las mas cuidadosas de la moral, lo que educan en sus hijos es el interés, es el egoismo, son la vanidad y las malas pasiones; y luego, cuando en vez de hombres se encuentran con fieras, se quejan de Dios y de la naturaleza.

Ah, Dios y la naturaleza, me complazco en creerlo, con muy cortas escepciones, aunque hayan puesto en su obra privilegiada el germen del bien y del mal, para que fuese libre de escoger su lote, se inclina cual siempre la balanza hácia el primero.

Tú has oido á esa buena anciana; esa es el alma de tu naturaleza, el alma tal cual ha salido de la manos del Creador: pura, inocente, sin doblor y sin falsía, y á la cual no ha arrastrado al abismo, corrompiéndola, el torrente de las opiniones humanas.

(Continuará.)

ÁNGELA GRASSI.

## LA FE.

Fé candorosa que del Cielo emana  
y del seno de Dios fúlgida brota,  
cual astro brillador de la mañana  
que alza su vuelo en la region ignota  
de la Esperanza celestial humana  
pon en mis labios tu breve nota:  
nota divina, célica y ardiente  
y cantaré tu gloria enteramente.

Y tu llama purísima y amena  
que en blancas perlas y corales rojos.  
brota copiosa entre la luz serena  
del cielo azul de tus hermosos ojos,  
cual mar de dicha que la tierra llena  
y del mundo mitiga los enojos  
al suave resplandor de tu hermosura  
y de tu gracia celestial y pura.

Que eres rica cual fuego sacrosanto  
de donde naces esplendente y bella,  
envuelta en blanco y vaporoso manto,  
como la suave y argentada estrella  
que de los hombres el doliente llanto  
en perlas cambia, y cariñosa sella  
su frente triste, con la dulce esencia  
que perfuma su mísera existencia.

Existencia de azares y quebranto,  
de lágrimas y pena abrasadora,  
en la que el hombre sufre tanto, tanto,  
que sin tu llama santa y creadora  
le fuera insoportable, y triste llanto  
helaría su alma soñadora,  
si de tus luces la celeste gracia  
no mitigases su fatal desgracia.

Y tú iluminas su doliente vida,  
y tú derramas de tu blanco velo  
la ráfaga sublime y encendida  
que rica brota desde el alto cielo,  
cual cinta de rubíes desprendida  
sobre el alma creyente, que este suelo  
cruza llorando, entre la sombra oscura  
del desierto arenal de la amargura.

Y tú la enseñas á creer ferviente,  
en el Dios increado y poderoso,  
que con sola una frase omnipotente  
de su lábio divino y amoroso,  
creará el mundo rico y esplendente  
embellecido por el sol hermoso,  
y que dejó, del cielo en las estrellas,  
la luminosa estela de sus huellas

Y Tú le enseñas á creer constante.  
de Dios en la suprema Omnipotencia,  
en su cariño paternal y amante,  
en su inmutable é infinita esencia,  
en su justicia fúlgida y radiante,  
en su eterna y omnimoda existencia,  
sin principio y sin fin: Fuente risueña  
de vida eterna con que el alma sueña.

Y tú tornas en flores de inocencia  
las espinas del mal, que en su camino  
encuentra el hombre, y de la santa ciencia  
haces brillar el rayo diamantino,  
derramando las gotas de tu esencia  
en el fondo del alma, cual divino  
iris de amor y de candor bendito  
que surge brillador de lo infinito.

Y eres la fuente candorosa y bella  
de blancas ondas y cristal rizado  
en cuyo seno fúlgido destella  
el fuego santo del amor sagrado,  
como la blanca y refulgente estrella  
que brilla sobre el eter azulado,  
derramando en el alma dolorida  
los suaves rayos de tu luz querida.

¡Ay! que mi lábio á ponderar no alcanza  
tanta y tan grande y célica riqueza,  
que eres el rayo que el Eterno lanza  
de su infinita y celestial grandeza  
cual astro precursor de la Esperanza  
de incomprensible y sin igual belleza,  
en cuyos senos, de fulgor ardiente,  
tímida inclino mi abrasada frente.

Y ni sé comprenderte ni alabarte  
cual tú mereces, y mi pobre acento  
carece de espresion para ensalzarte  
santo rayo de Dios, de Dios aliento;  
en tus senos me pierdo al admirarte,  
que entre mares de luz tienes tu asiento,  
y mis ojos se ofuscan, flor divina  
al mirar tu corola purpurina.

Y tan solo en el fondo de mi alma  
me atrevo á recogerte con anhelo,  
como la esbelta y solitaria palma  
coge en su copa, que levanta el cielo,  
el matinal rocío; y dulce calma  
torna en ventura mi apenado duelo,  
cuando amante te escondo, noche y día,  
en el cáliz de amor del alma mía.

MARÍA HURTADO.

## EJECUCION DE MARÍA ESTUARDO,

REINA DE ESCOCIA

EL 8 DE FEBRERO DE 1856.

Memoria de Roberto Wyngfield al lord tesorero Ceeil.

En conformidad con las órdenes de V. E., he redactado la Memoria de la ejecucion de lady Mary, última reina de Escocia. Esta ejecucion ha tenido lugar el 8 de Febrero pasado, en la gran sala del palacio Fotheringay. He tomado nota de las palabras y acciones de dicha reina, así como tambien de las de los asistentes, y no he omitido detalle alguno de los hechos que han precedido ó seguido á la entrega de la persona real á Tomás Andrew, Esquire alto *sheriff* de S. M. por el condado de Norfolk.

El 6 de Febrero, el honorable conde de Kent, el conde de Shewaberry y los gobernadores del castillo, sir Aimasa Periet, sir Druc Drweie, previnieron á la reina de que debía prepararse á morir el 8 de Febrero.

—La muerte,—dijo S. M.,—será bien venida; feliz es mi alma en comprar las eternas alegrías del cielo á costa de un momento de sufrimiento.

Tales fueron las únicas palabras que pronunció.

El 8 de Febrero llegó; la hora y el lugar de la ejecucion se designaron.

La reina era de elevada estatura, bastante gruesa; tenia las espaldas redondas. Su fisonomía, larga y llena, se terminaba por una doble barba. Tenia los ojos hermosos oscuros y los cabellos de un rubio ceniciento.

Hé aquí cuál era su prendido: en la cabeza llevaba una toca de linon bordada, con blondas; en torno de su cuello una cadena formada de bolas aromáticas, de la que colgaba un *Agnus Dei*.

Tenia un Crucifijo en la mano. Dos rosarios, terminado cada uno por una cruz de oro, pendían de su cintura. Detrás de la cabeza, en la redecilla de los cabellos, prendido un velo de linon y, como la toca, bordado con blondas. Su traje, de satín negro estampado, con cola larga y mangas abiertas, que caían hasta el suelo, estaba guarnecido con botones de azabache y bordado con perlas. Debajo de las mangas de satín, la reina tenia otras mangas cortas de terciopelo rojo. El manto era de satín negro; la falda y el cuerpo de debajo, de terciopelo rojo, igual al de las mangas cortas. Los pies calzados con zapatos de piel de España, sobre medias de azul pálido con cuchilladas de plata; la reina tenia ligas de seda verde.

Así vestida, la reina dejó su cuarto y marchó hácia la sala donde debía tener lugar la ejecucion. Los comisarios y algunos señores salieron á su encuentro, y uno de sus servidores, llamado Meluin, rompiendo á llorar se arrojó á los pies de su ama.

«Señora, exclamó, ¡soy muy infortunado! Pues, ¿qué hombre sobre la tierra ha sido antes que yo mensajero de un dolor tan inmenso como deberlo, al tratar la fatal nueva de que mi buen y graciosa reina y señora está perdida para Inglaterra?»

Las lágrimas le impidieron decir más.

La reina, con los ojos humedecidos, le respondió.

—«Cesa en tus lamentos, mi buen servidor, pues más bien será causa de júbilo que de duelo.

Vas á ver, en efecto, el fin, por tanto tiempo esperado de los tormentos de María Estuardo, y sabe, mi fiel servidor, que todo lo de este mundo no es más que vanidad, y que á tantos pesares nos hallamos sometidos que no bastaria un oceano de lágrimas para llorarlo.—Te lo suplico,—añadió,—atestigua que muero como una verdadera muger, en mi religion, y como una verdadera reina de Escocia y de Francia. Perdona Dios á los que han deseado mi muerte, que han tenido sed de mi sangre, como el acosado siervo siente la avidéz del agua del arroyo; muéstrase Dios el autor de toda la verdad, y que aquel que mi alma conoce, atestigüe que no he deseado jamás la union de Inglaterra á Escocia. Recuérdame á mi hijo, dile bien que no he hecho nunca nada perjudicial ni al Estado ni al reino de Escocia;—y conteniendo á gran pena sus lágrimas,—fiel Meluin, ¡adios!»

A pesar de sus esfuerzos, tenia las mejillas inundadas de lágrimas, cuando lo abrazó, repitiendo una vez más: ¡Adios buen Meluin, ruega por tu reina y señora.

Volviéndose luego á los lores, les dijo que tenia que presentarles varias demandas. Suplicaba primero, que una cantidad de dinero fuese pagada á Curle, su servidor. Aquí Parrolet respondió que se haria.

Luego la reina pidió que sus infortunados servidores pudieran disfrutar tranquilamente de lo que les habia legado por testamento, que no fuesen maltratados y fuesen mandados con seguridad á su pais.

—«Os conjuro, en fin, añadió lady Mary, os plazca permitir que mis infortunados servidores asistan á mi suplicio, á fin de que vean sus ojos y atestigüen sus corazones con cuanto valor ha sufrido su reina y señora su ejecucion, y que de regreso á su tierra lleven la seguridad de que su señora ha muerto en la religion católica.»

El conde Kent le respondió: —«Lo que acabais de pedir, señora, no se os puede conceder. Habria que temer que á lo menos algunos de vuestros servidores, sea con sus discursos, sea con sus acciones, aumentasen los padecimientos de Vuestra Merced y fuesen motivo de querrela ó desagrado para nosotros y nuestra compañía; despues sabemos por experiencia que no dejarian de entregarse á prácticas supersticiosas, como empapar los pañuelos en la sangre de Vuestra Magestad, lo que no podemos autorizar.»

—«Milores, dijo la reina de Escocia, os doy mi palabra, aunque sea la palabrada de una muerta, de que no harán ninguno de los actos que acabais de hablar; pero ¡ay, almas queridas! dulce seria para ellos decir adios á su señora; pienso que vuestra señora (designando á la reina) como muger y como reina permitiria que tuviese algunos de los míos á mi lado en el momento de mi muerte. Sé que S. M. no ha dado orden ni comision que pueda impedir el suscribir á una demanda que seria concedida con cortesía, si fuese otra muger que la reina de Escocia.

Y como viese las dificultades que suscitaba su plegaria, dejó correr sus lágrimas añadiendo:

—«Soy prima de vuestra reina, desciendo de la sangre real de Enrique VII, soy por mi casamiento reina de Francia y he sido consagrada reina de Escocia.»

Despues de una gran consulta entre los dos condes y los otros miembros de la comision, se decidió consentir en la súplica de la reina, á condicion de que eligiera sólo seis de sus más queridos servidores hombres ó mugeres.

Entre los hombres designó á Meluin, á su boticario, á su médico, y á otro anciano; entre las mugeres, á dos de las que habian compartido su cautiverio.

La reina recobró entonces su aire, y sosega-

da, y sin ningun terror, ni del lugar, ni de las personas, ni de los preparativos, llegó á la gran sala y subió al cadalso, elevado á dos piés encima del entarimado, y que tenia doce piés de anchura por igual longitud.

El cadalso, rodeado de una alta valla, estaba cubierto de tela negra, un gran almohadon de terciopelo negro, un taburete y un tajo habia tambien cubiertos de negro. Presentaron el taburete á la reina, que se sentó. El conde Kente estaba de pié á su lado, y el conde Shewsberry, á su izquierda, en el cadalso; delante estaban los dos verdugos; los demás asistentes habian permanecido fuera de la valla.

Cuando se estableció el silencio, M. Beale, oficial del Consejo dió comienzo á la lectura de la orden de ejecucion, al fin de la cual los asistentes dijeron en voz baja: ¡Dios salve á la reina! Durante la lectura, la reina, permaneció silenciosa, con los ojos fijos, como si la orden no la concerniera: su actitud era tan firme como si hubiera escuchado la lectura del perdon de S. M. Permaneció tan fria y tan indiferente, como si no hubiese comprendido la lengua inglesa.

El doctor Hetcher, decano de Paterboroug, fué entonces á colocarse exactamente delante de la reina, dentro de la valla. Se inclinó profundamente, la hizo una gran reverencia, y la dirigió la exhortacion siguiente:

—«Señora, S. M. la reina, que Dios nos conserve largos años como soberana, á pesar de la sentencia que se os aplica en razon de vuestra culpabilidad contra su persona sagrada, su estado y su gobierno, tiene una tierna solicitud por vuestra alma, en el momento de abandonar vuestro cuerpo. Si volveis á la verdadera fé, Jesucristo os ofrece la dicha del cielo: en esta hora suprema, os suplico considereis tres cosas.

1.º Vuestro estado pasado y vuestra gloria fugitiva.

2.º La actual condicion de vuestra suerte.

3.º El estado futuro, sea una felicidad perpétua ó un eterno dolor.

Por la primera, dejadme decir á vuestra merced con el rey David: olvidaos á vos misma señora, olvidad vuestro pueblo, olvidad la casa de vuestro padre, olvidad vuestro nacimiento, vuestra dignidad, sea de príncipe ó real, y feliz será el rey de los reyes de vuestra belleza espiritual, etc.

Señora, Dios puede abriros aun el reino del cielo; no aflijais su espíritu con la duda de vuestro corazon y no rechaceis la esperanza de una redencion.

Dos ó tres veces interrumpió la reina al decano diciéndole:

—«No os alarmeis por mí; sabed que he nacido en la religion católica y romana por la gracia de Dios: por defenderla derramé toda mi sangre.»

—«Cambiad de opinion.—repuso el decano;—arrepentios, señora, de vuestros pasados errores, porque solo por Jesucristo podeis ser salvada.

Y de nuevo, otra vez más, la reina dijo:

—«Señor decano, no os alarmeis; en esta religion he nacido, en ella he vivido y en ella quiero morir.»

Apercibiéndose los condes de cuán inútiles eran aquellas exhortaciones, acabaron por tomar la palabra á la vez:

—«Señora, vamos á rezar con el decano por vuestra merced, á fin de que vuestro ánimo se abra á la verdadera luz de Dios.»

—«Milores respondió la reina, si quereis rezar conmigo, os doy las gracias y será un favor que me haréis; pero no me uniré á vuestras oraciones porque no sois de mi religion.

Sin embargo, los lores llamaron de nuevo al decano, intimándole que recitase las oraciones, lo que hizo arrodillándose.

Toda la asamblea, excepto la reina y sus servidores, repitieron las oraciones del decano. La reina permaneció sentada en su taburete, conservando encima su *Agnus Dei*, sus rosarios, su Crucifijo y su libro de horas en latin.

Persistiendo en la religion católica, no escuchando lo que decia el decano, llorando y en voz baja, comenzó sus oraciones en latin. En medio de sus rezos, se dejó caer del escabel y se postró de hinojos, se levantó de nuevo y de nuevo se postró, orando entonces en inglés por la Iglesia de Cristo afligido, por el fin de sus sufrimientos, por su hijo y por S. M. la reina, por los pecados de los asistentes. Perdonó de todo corazon á sus enemigos.

Suplicó aun á todos los Santos interceder en su favor con Jesucristo. Abrazó el crucifijo, se persignó y exclamó:

«Recíbeme ¡oh Jesús! en tus brazos extendidos sobre la cruz, recíbeme en tu misericordia.»

En aquel momento los dos ejecutores doblaron la rodilla ante la reina, pidiéndola perdon por lo que iban á hacer.

—«Os perdono con toda el alma, dijo, pues espero que mi muerte pondrá un término á mis tormentos.»

Con ayuda de una de sus mugeres, la reina comenzó á desnudarse y puso el crucifijo sobre el escabel.

Uno de los verdugos quitó del cuello el *Agnus Dei*, pero ella se lo arrebató casi de las manos, previniéndole que queria darlo á una de sus damas, que en cambio le remitiria dinero; los ver-

dugos le quitaron la cadena. Ella misma se prestaba además, casi sonriendo; y como le quitáran sus mangas de debajo, las recogió y se las puso con tanto cuidado como si hubiese debido vivir aún mucho tiempo en la tierra.

Mientras se quitaba el traje, la actitud de la reina no cambió; sonreia con dulzura, diciendo que nunca habia tenido tanta gente en su tocador y que no se habia desnudado nunca ante tan numerosa concurrencia.

En fin, desnuda, habiéndose quitado hasta la toca y la saya, la reina se volvió hácia las dos mugeres que sollozaban, se lamentaban y persignaban recitando sus oraciones en latin, las besó y les dijo estas palabras en francés:

—*Ne pleurez, je prierai pour vous.* (No lloreis oraré por vosotras).

Luego se santiguó, las besó otra vez recomendándolas que rezáran por ella.

Sonreia siempre, dirigiéndose á los hombres sus servidores, Meluin y los otros. Se despidió de ellos diciendo que rezaran por ella.

Una de las damas que tenia un escapulario, lo plegó en tres, lo colocó sobre la faz de la reina y lo ató detrás de la cabeza: luego todo el mundo se retiró.

La reina se arrodilló resueltamente sobre el almohadon de terciopelo, y, sin miedo de la muerte, se comenzó en alta voz el salmo latino: *In te, Domine, confiteor*, y buscando el tajo á tientas, colocó encima su cabeza rodeándola con sus manos, que habrian sido cortadas si no se hubiese puesto atencion, repitiendo por tres veces y en voz alta: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.*

En fin, mientras que uno de los verdugos la sostenia con la mano, el otro la dió dos hachazos ántes de poder separar la cabeza del tronco. La reina lanzó un gemido, y ninguna parte de su cuerpo se conmovió.

Los ejecutores levantaron la cabeza diciendo: «¡Dios salve á la reina!» La toca de linon cayó entonces, y se vió que los cabellos habian encañado totalmente; el rostro estaba muy contraído, y durante más de un cuarto de hora, despues del suplicio, los labios se agitaren.

—«¡Así perezcan los enemigos de la reina!» dijo el decano.

El conde de Kent se acercó tambien al cuerpo, y repitió con voz sorda:

—«¡Sea este el fin de los enemigos de la reina!»

Mientras que uno de los ejecutores quitaba las ligas al cadáver, notó que un perrillo se habia escurrido bajo los vestidos; no pudo alejarse al animal sino á la fuerza. No queria dejar el cuerpo y volvió varias veces á colocarse entre la

cabeza y las espaldas. Este perro, lleno de sangre, debió ser llevado, y lavado, como todas las otras cosas manchadas de sangre, salvo las que se quemaron.

Los verdugos se fueron con el dinero que acababan de ganar, pero no se llevaron nada de lo que pertenecía á la reina. Mediante la orden del sheriff, todo el mundo salió de la sala, excepto el sheriff y sus hombres, que cogieron el cuerpo y lo llevaron á una gran habitacion vecina, dispuesta para el embalsamamiento, operacion que hicieron los cirujanos.

Tales son, monseñor, las circunstancias de esta muerte. Siento no haber escrito esta Memoria en mejores términos; habria podido pasar en silencio muchas cosas poco dignas de observacion, pero vuestra señoría ha deseado conocerlo todo, y he querido obedecer á vuestra voluntad.

Siempre á las órdenes de Vuestro Honor, he dejado el castillo el 11 de Febrero de 1586.

X.

## Á MI ÁNGEL CUSTODIO.

UNA AZUCENA Y UNA LÁGRIMA.

Ángel de mi cariño y mi ternura  
Faro de mi ventura y mi consuelo  
Tú, que con tal dulzura  
Mis pasos guías, y con dulce anhelo,  
Acepta de mi alma una flor pura.

Acepta, ángel querido, mi cariño  
Y acoge de mi amor una azucena  
Que aunque con desaliño  
Borda mi pluma, de perfume llena  
Lleva su copa de nevado armiño.

Llena de perlas de mi afecto santo  
Y del perfume del mi amor amante  
Que con mi dulce llanto  
Vierto en tu seno tierna y anhelante  
Bajo el amparo de tu blanco manto.

Que al dulce abrigo de tus alas bellas  
De lindas flores y de luz radiante  
Y doradas estrellas,  
Paso mi vida con afán constante  
Siguiendo siempre de tu amor las huellas

Y si espinas encuentro en mi camino  
Tú de mi paso con amor las quitas,  
Y con el purpurino  
Velo de flores santas y benditas  
Cubres mi sedna con afán divino.

Sigue, hija mia, de tus labios rojos  
Oigo la frase candorosa y bella  
Mas que ricos despojos,  
Y casta y suave, cual la luz que sella  
Tu frente hermosa y tu divinos ojos.

Que son tus frases para mí cual canto  
De amante duelo que mi alma llena  
De purísimo encanto  
Y es tu mirada placida y serena  
Luz que evapora mi doliente llanto.

Canto del alma tierno y palpitante  
Cual la azucena perfumada y sola  
Que mi lágrima amante  
Ante tus plantas lleva en su corola  
de nácar y oro y brillador diamante.

MARÍA HURTADO.

## CORRESPONDENCIA.

*Malpartida de Cáceres.* Señor don H. la R., en nuestro poder los 16 rs., queda pagado hasta fin de diciembre del 79., se le remite el número que pide.

*Cartagena.* Señora doña S. M. de M., recibidos los 6 rs. y anotada la suscripcion, enviándole desde el número primero.

*Babilafuente.* Señor don T. F., recibí los 24 rs. deja abonado con esta cantidad hasta fin de abril del 81. Los 46 números que ha recibido son correspondientes á enero y febrero del mismo.

*Badajoz.* Señor don J. A. C., recibí los 30 rs., deja abonado hasta fin de setiembre del 80. Deseamos el restablecimiento de su señora madre.

*Burgos.* Señora doña E. B., remitidos los números que pide, si no llegan á su poder puede reclamarlos de nuevo.

*Castañeda.* Señora doña M. M., anotados los 8 rs. y queda pagado hasta fin de abril del 80. No le hemos contestado por ignorar su residencia.

*Frejido de Arriba.* Señora doña C. A., se envían los números que pide.

*Málaga.* Señor don F. H., recibí los 24 rs., queda satisfecha su suscripcion hasta fin de abril del 80, remito el número que falta.

*Antequera.* Señora doña C. L. de la T., anotados los 16 rs., queda abonado como dice hasta fin de diciembre del 80.

*Bijniesca.* Señora doña P. G., hemos remitido la revista desde primero de mayo del 79, cuyo importe es de 16 rs., tambien le remitimos los 18 números publicados en el presente año.

*Alberite.* Señora doña D. S., anotadas las 12 pesetas, dejando abonado hasta fin de abril del 81. Hecha la suscripcion de su señor primo, el cual deja pagado hasta fin de diciembre del 80, pues remitimos á este desde el número 1.º de enero del mismo.

(Continuará.)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia.